



Vol. 5, No. 2, Spring 2008, 243-251

www.ncsu.edu/project/acontracorriente

Review/Reseña

Matt D. Childs, *The 1812 Aponte Rebellion in Cuba and the Struggle Against Atlantic Slavery*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2006.

Sobre José Antonio Aponte y su época

María del Carmen Barcia Zequeira

Universidad de la Habana

Hace 45 años, José Luciano Franco desempolvó los legajos de la denominada “Conspiración de Aponte” y de esa forma otorgó, por vez primera, nivel académico a los estudios sobre la controvertida figura de José Antonio Aponte. Hasta ese momento tanto ese protagonista, negro y criollo, como sus camaradas, libres o esclavos, habían sido usados para escribir novelas, redactar trabajos con el propósito de elevar la estima de los morenos al mostrar su activo desempeño en la historia de cubana, e incluso para componer relatos que han formado parte de un imaginario popular que conservaba, entre las tradiciones transmitidas oralmente, la horrenda frase: “es más malo que Aponte”.

Casi medio siglo después Matt Childs retoma las fuentes usadas por Franco, amplía el espectro teórico del tema y utiliza, con acierto, documentos de la época relacionados con la política desempeñada por las grandes potencias de entonces en el Mediterráneo Americano, con la sociedad criolla de Cuba y con la vida cotidiana de los negros, libres y esclavos en los espacios públicos y privados, especialmente en los cabildos de nación y en los Batallones de Pardos y Morenos. También profundiza los alzamientos de esclavos que se produjeron, paralelamente, en la región oriental de la Isla.

Childs estructura su libro en cinco capítulos y para introducir al lector en cada tema usa un recurso sugestivo al incorporar al relato algunos protagonistas que fueron víctimas de los hechos acaecidos. Así aparecen, sucesivamente, Juan Barbier, Tiburcio Peñalver, Clemente Chacón, Estanislao Aguilar, Francisco Javier Pacheco y para cuestiones más particulares como los batallones de pardos y morenos o los cabildos “de nación”, las figuras paradigmáticas de José Antonio Aponte y Salvador Ternero, a través de los cuales se re-presenta la participación de los negros libres en esos espacios.

Uno de los elementos más relevantes del trabajo de Childs es la consulta exhaustiva de las fuentes en los archivos cubanos, españoles, ingleses y norteamericanos, cuestión que le permite, a partir de los múltiples datos acumulados, utilizar con desenvoltura fuentes teóricas de diverso interés y trascendencia.

Toda historia es una re-construcción de hechos, en ésta desempeñan un papel importante las circunstancias internas o externas, los motivos sociales, grupales o individuales, la caracterización de los espacios en que se desarrollaron los acontecimientos, pero también la imaginación del autor. Posiblemente Childs, exceda, en algunos aspectos, la información necesaria para demostrar sus objetivos. Un ejemplo de esta cuestión es la presentación de los cabildos africanos o la de los batallones de pardos y morenos, en las que se manifiesta su afán por volcar toda la información encontrada, aunque no se vincule a lo tratado, con el interés de mostrar la solidez de su investigación, pero indiscutiblemente ese recurso atrapa al lector y lo lleva a transitar por un mundo ya perdido

Su propósito es enmarcar la Conspiración de Aponte como un estudio de caso en el período histórico que Hobsbawm definiera como la “Era de la Revolución”. Considera Childs, como otros historiadores que han estudiado las rebeliones esclavas en el continente americano, que las ideas que se difundieron en ese contexto, en particular las provenientes del proceso haitiano, constituyeron un catalizador para las revueltas de los negros esclavos y también para las promovidas por los morenos libres. A esta cuestión se dedica el primer capítulo.

No elude Childs la complejidad de un proceso que aborda las políticas de varias naciones, incluyendo sus conflictos en el Caribe, el protagonismo de clases sociales diversas y la presencia de distintas etnias, todo esto en un contexto de subordinaciones y desigualdades. En este capítulo afloran las conexiones entre las islas caribeñas y se vislumbra la importancia que tuvo el hecho de que todas éstas desarrollaran sus economías sobre la base de trabajo esclavo. Los negros llegaban de África y por diversos motivos, casi siempre vinculados a la trata, circulaban de una u otra forma por las islas. Este movimiento contribuyó a desplegar los rumores, intencionados o casuales, y fue una manera de conformar situaciones, tanto para los amos como para los esclavos, quienes conocieron y tal vez magnificaron significados y consecuencias del mundo en que estaban viviendo.

La revolución francesa se desplegó por todo el Caribe, también la revolución que acontecía en Saint Domingue, pero además se divulgaron asuntos menos trascendentes pero más puntuales, como el abolicionismo de los cuáqueros o la eliminación de la trata por parte de Inglaterra. Todo esto contribuyó a desplegar diversos poderes, los de las grandes potencias de la época, los de las élites criollas en cada contexto particular y también, los pequeños, pero puntuales, de los libres y los esclavos en sus espacios.

Aunque posiblemente en el propio concepto de Era de la Revolución, usado por Childs, aflore cierto eurocentrismo, no deja de ser útil para el análisis, sobre todo si no se dejan al margen las situaciones del continente africano. También reitera el autor, sobre la base de las incidencias de Gran Bretaña y de Francia en sus respectivas colonias, el axioma de que la esclavitud moderna tenía una existencia precaria desde

finales del siglo XVIII. Este es un presupuesto que continuamente se repite, incluso en la historiografía cubana, sin reflexionar que, lamentablemente, el auge de ese sistema se mantuvo aún por muchos años en las plantaciones norteamericanas, cubanas y brasileñas.

El tráfico Atlántico tuvo lugar en sociedades que poco tenían de paradisíacas y cuyos conflictos se habían iniciado antes de la presencia europea. En el proceso tratista que se inició en el siglo XV, el papel desempeñado por los grupos locales dominantes favoreció el comercio de esclavos. En los siglos XVII, XVIII y XIX se desarrollaron, en las selvas del Golfo de Guinea y en el valle del río Zambeze, estados militares cuya base era la venta de esclavos. Tenían una rígida organización militar, poseían grandes ejércitos permanentes y se enriquecían con la venta de sus propios hermanos, haciendo la guerra a los pueblos vecinos. Eso influyó en la experiencia militar que traían los africanos que ingresaban al continente como esclavos. Esta situación es abordada por Childs, quien se refiere al colapso del imperio de Oyo, también abordado por David Eltis, y a las características de los africanos que arribaban procedentes de esa región.

En el análisis de los conocimientos de Aponte y de sus subordinados sobre las revoluciones francesa y franco haitiana, Childs tiene en cuenta el uso complejo y multiplicador de los diversos contextos que hemos reseñado. Influían las ideas llegadas desde Francia y también los acontecimientos que se producían en sus colonias americanas. También, aunque con menos profundidad, se refiere a la particular situación de la metrópoli española en esos años. Pero todos estos avatares no sólo pasaban a través de las percepciones de las élites criollas, sino de las de los esclavos que eran traídos a Cuba y por la experiencia de los morenos libres que habían estado en contacto con las Tropas de Negros Auxiliares al servicio de España. Franco incursionó en este último aspecto, y también someramente lo hace Childs, aunque todavía quedan muchos lazos por atar.

En este contexto el autor trata de abordar la lucha de poderes a diversos niveles, económicos, políticos y sociales, incluyendo la legalidad, y también incursiona en el pequeño espacio de poder de los negros en sus cabildos y en sus batallones.

El proceso legal se aborda, aunque tal vez hubiese sido conveniente precisar algunos intersticios entre la ley formulada y la ley aplicada, teniendo en cuenta al sujeto histórico, habida cuenta de que aunque todo precepto es regulador y responde a situaciones que existen, también, de una forma u otra, es usado por todos, incluidos los sujetos subalternos.

En el segundo capítulo Childs aborda dos espacios particulares de los negros libres, a los cuales denomina “mundos rebeldes”, los cabildos de africanos y las milicias negras, e imbrica en estos contextos tradicionales—los cabildos existían desde el siglo XVI y las milicias remontaban sus antecedentes al XVII—a los personajes comprometidos en la insurrección. El autor expone que, según Aponte, el Rey sentía admiración por los milicianos negros y esa lectura de las relaciones entre el monarca y los miembros del batallón de morenos fue la reflejada en las imágenes de un libro que estuvo elaborando por más de seis años. Aponte había ingresado en el Batallón de Morenos en 1777, lo antecedieron su tío y su abuelo, y esa pertenencia familiar lo dotaba del prestigio social y de los pequeños beneficios que la monarquía había otorgado a los milicianos negros. Teniendo en cuenta ese imaginario “monárquico” cabría preguntarse si, como afirma Childs, Aponte y otros complotados pretendían convertir su entrenamiento militar en un arma para destruir al colonialismo español o si, simplemente, intentaban doblegar y hasta sustituir a las elites criollas blancas.

Las redes de los negros libres también se tejían en los cabildos africanos, sociedades esencialmente urbanas, en las cuales se agrupaban los africanos libres de acuerdo a sus diversas etnias. En estas se producía, de una u otra forma, cierta vinculación con los esclavos, aún cuando ni estos ni los criollos podían integrarse “oficialmente” a esas sociedades. Childs profundiza en los cabildos, que constituyen un espacio escasamente estudiado pero imprescindible para comprender la organización de una conspiración presidida por negros libres, que además se desenvolvían en el entorno ciudadano. El autor sorteja con delicadeza las afirmaciones de J.L. Franco sobre la presencia de Aponte, como ogboni, en el cabildo Shangó Teddum, testimonio que obtuvo por fuentes orales que no han podido ser

comprobadas documentalmente y, de igual forma, procede con otras cuestiones de similar corte.

En otro capítulo el autor se introduce en lo que denomina “el mundo de las plantaciones” y aborda las rebeliones ocurridas en Puerto Príncipe, Bayamo y Holguín. Uno de los ejes utilizados por Childs a lo largo de este libro y que a nuestro modo de ver introduce cierta debilidad conceptual, es el particular uso que hace del término plantación esclavista para caracterizar, a partir de este elemento, a la sociedad cubana en su conjunto y extender esta forma de explotación económica a la zona oriental. Historiadores de la economía y la sociedad cubanas tan acreditados como Julio Le Riverend o Manuel Moreno Fragnals calificaron a la sociedad cubana como semi-plantacionista. Pero posiblemente la definición más evidente, por gráfica y simple, fue la de Juan Pérez de la Riva, quien estableció las diferencias entre una Cuba A, la de la plantación esclavista, y otra Cuba, la B, con variados niveles y diferentes relaciones económicas. La circunstancia de que hubiera esclavos trabajando en haciendas productoras de azúcar y café, no convierte a esos enclaves en plantaciones, que estaban destinadas a producir en gran escala para el mercado mundial. Por otra parte, las rebeliones se producían en todos los contextos rurales y urbanos siempre que concurrieran las condiciones para transformar la resistencia pasiva de los esclavos en acciones insurrectas.

La información utilizada por Childs le permite definir las conexiones sediciosas que existían entre estas tres regiones, lo cual no es extraño porque estaban vinculadas por intereses económicos de larga data. Resulta evidente que los esclavos de las haciendas principeñas, bayamesas y holguineras estaban complotados para sus propósitos sediciosos. También que las influencias insurgentes no sólo les habían llegado de Haití sino de Jamaica, plaza tempranamente vinculada a los cuáqueros y a los abolicionistas ingleses, pues con ambas islas sostenían antiquísimas relaciones comerciales. No obstante, debe tenerse en cuenta la situación interna en cada una de dichas zonas, la procedencia de los libres y esclavos que participaron en esos movimientos, así como sus experiencias anteriores, incluidas las africanas, que favorecieron o posibilitaron la

activación de formas de resistencia que rápidamente se conformaron como sublevaciones.

Más difícil es demostrar, sin embargo, que las influencias, los contactos y las redes establecidas por los conspiradores habaneros habían logrado extenderse a lo largo de toda la Isla, pues la existencia de una conspiración generalizada pudo ser una construcción imaginada por el poder colonial para reprimir con mayor fuerza a los negros libres y esclavos.

La conspiración encabezada por Aponte, Ternero, Chacón, Lisundia y Barbier constituyó un acontecimiento trasgresor y revolucionario y como tal fue condenada y castigada por las autoridades coloniales. Tanto el proceso judicial como la ejecución de los complotados fueron ejemplarizantes y concluyeron con un terrible espectáculo de ejecuciones públicas, decapitaciones y jaulas con restos humanos que eran exhibidos para frenar cualquier intento similar. Crimen/castigo, delación/premio, fueron elementos usados para mostrar que la colaboración y la aceptación eran vías más expeditas para lograr beneficios y prebendas que los procesos revolucionarios .

Otras cuestiones abordadas por Childs requieren cierta precisión o al menos algún comentario. La historia de Cuba y la construcción de su nación son sumamente complejas. Limitar la colaboración entre las elites criollas y el poder colonial para frenar la independencia, al temor a los esclavos, ha sido, tradicionalmente, una manera hartamente simple de abordar un problema muy complicado. La vinculación de intereses entre las principales familias blancas en Cuba y España, sus concertaciones y acuerdos en los años que se abordan, sobrepasan la cuestión esclavista, a pesar del importante lugar que ésta ocupa. En variadas ocasiones, el miedo a las sublevaciones de los esclavos negros fue un pretexto para encubrir intenciones de diversa índole. También es complejo anticipar las ideas de independencia nacional y lucha armada ubicándolas en un contexto muy regionalizado. Las disconformidades por la subalternidad establecida para las etnias e inclusive para los grupos, capas y clases de los negros libres, fomentaron un ambiente subversivo, presto al enfrentamiento armado para defender sus intereses y lograr un ascenso en la escala social, pero los

proyectos independentistas respondieron a patrones más elaborados aunque siempre tuvieron que incluir a los negros y mulatos por su elevada presencia en las capas populares.

Un paréntesis en este recuento merece el libro elaborado por José Antonio Aponte. Por seis años había dibujado lugares, reflejado las hazañas militares de los negros y mulatos y mostrado los orígenes cristianos de ciertas pertenencias religiosas. ¿Se puede concluir que elaboró esa obra para instruir a los negros en la subversión del poder? ¿Estuvo este libro realmente orientado a copiar los detalles de los espacios fortificados para poder controlarlos? ¿Fue su presunta peligrosidad real o simplemente respondió a una construcción elaborada por el abogado José Antonio Rendón, que dirigía las pesquisas del caso? Difícilmente se puede responder estas preguntas a partir de las descripciones que el propio Aponte hizo de sus imágenes. Pero si el funcionario Rendón hubiera estado en lo cierto sería tal vez la primera y la única ocasión en la historia de un pueblo, en que un libro de imágenes fuese elaborado, durante tantos años, con el propósito de fomentar una rebelión.

Sin objetar la indiscutible calidad de la obra que nos ocupa cabría preguntarse si algunas cuestiones claves de la Conspiración han quedado resueltas. Una de éstas se vincula al protagonismo de Aponte. Más allá de su evidente y comprometida participación en la conjura revolucionaria, ¿fue su generador y dirigente? Resulta difícil entender que si su última declaración, realizada en vísperas de la ejecución sumaria, evidenciaba su liderazgo revolucionario y daba la razón a sus captores, no fuese adjuntada al expediente del juicio. Pero a la larga nada de eso cambia la visión sobre el asunto, porque la tradición lo ha reconocido como el organizador de toda la conjura, no importa si Chacón, Barbier, Lisundia y Ternero participaron en las acciones subversivas en tanto él permanecía en su casa. La construcción histórica existe y Aponte será por siempre el principal héroe, la primera víctima, la ejemplificación del mal y la demostración del valor y la astucia.

La re-construcción realizada por Matt Childs es valiosa, la información que ha utilizado sobrepasa con creces sus objetivos y le ha permitido presentar, ante la comunidad académica, un libro importante, elegantemente escrito, que marca un hito en el estudio de la denominada

Conspiración de Aponte. No merman estos méritos algunas pequeñas erratas, sólo visibles para los especialistas en el tema, pero que deben quedar resueltas en otras ediciones, como el uso de Maca en lugar de Macua o el de Mina Guagni por el de Mina Guagiii.